

La segunda edad se extiende desde los siete hasta los catorce años. Practicar la mansedumbre, la obediencia y amabilidad, que junto con el candor y las nacientes gracias ganan los corazones, he ahí el deber propio de esta hermosa parte de la vida. El que lo cumple, representa igualmente la imagen del Verbo encarnado: se encamina á su último fin, es feliz. Esta es la segunda bienaventuranza, y evidentemente la más propia de esta edad: *Beati mites.*

La tercera edad abraza desde los catorce años á los veintiocho. Este período equivale á dos, á causa del desarrollo físico y moral del hombre. La adolescencia es la edad de los peligros. El mundo que sonríe, las pasiones que se despiertan, los sentidos que hablan, todo se convierte en ocasión de luchas incesantes. Entonces más que nunca necesita el hombre de la mortificación, de la vigilancia, de las santas tristezas de la penitencia, del saludable desagrado del retiro. Si comprende esto y su conducta, corre parejas con su creencia, será feliz. Esta es la tercera bienaventuranza: *Beati qui lugent.*

La cuarta edad coge desde los veintiocho años hasta los cuarenta y dos. Esta edad en que la juventud se desborda, es ardorosa para los negocios, ávida de dinero, honores y posición social, para cuya obtención no suele ser demasiado delicada en la elección de medios. Por lo cual, oh joven, si quieres evitar la lepra de Giezi y la sed eterna del rico Eplon, trabaja por excitar en tí la sed ardiente y el hambre continua de la justicia. A este precio, y no de otro modo, podrás ser feliz. Es la cuarta bienaventuranza, y se ha hecho para tí: *Beati qui essuriunt et sitiunt justitiam.*

La quinta edad se extiende desde los cuarenta y dos á los cincuenta y seis años. Es la edad de la virilidad y también en la que comienza la vida á declinar. El hombre ve

entonces detrás de sí, la vida que se va; y delante, la eternidad que avanza. En semejante situación, ¿qué es lo más cuerdo que puede hacer? Tener piedad de su propia alma. ¿Qué significa esto? Por una parte, reparar las pérdidas que pecando le ocasionó. Por otra, poner en seguro su fortuna, haciéndola trasportar, por mano de los pobres, al lugar donde ha de vivir eternamente. Obrando así, es feliz con la felicidad propia de esta edad: practica la quinta bienaventuranza: *Beati misericordes.*

La sexta edad comienza en los cincuenta y seis años y termina en los setenta. Edad de la vejez, que hacen venerable los cabellos blancos y la experiencia, pero que puede y debe hacerse respetar mucho más por las santas costumbres y el buen ejemplo. Como el anciano no sea alguno de esos veteranos del crimen, de quienes habla el profeta Daniel, le es muy fácil evitar las manchas del pecado. Sus sentidos se han debilitado; las rosas de sus mejillas se han convertido en arrugas, el fuego de la concupiscencia ha perdido sus ardores. Saque, pues, partido de esta decadencia del hombre exterior, para embellecer con una conducta sin tacha al hombre interior. Por la inocencia de su vida, que le restituye en parte los encantos de la infancia, se convierte para la juventud en un consejero á quien obedece y un modelo á quien respeta; y para todos los que le rodean, en un centro de atracción que irradia el buen olor de Jesucristo. Es feliz con la bienaventuranza especial, que guarda armonía con su edad, y es la sexta: *Beati mundo corde.*

La séptima edad comienza á los setenta años y se prolonga hasta el fin de la vida. Es la edad de la decrepitud, la edad de los años que no agradan, como dice la Escritura. La debilitación de los sentidos, la caducidad de los órga-

nos, necesidad de cuidados desconocidos, las enfermedades, los achaques, el depender de otros, el apartamiento de los amigos y aún de los parientes, el olvido y menosprecio del mundo, el recuerdo pesaroso lo pasado, las tristes provisiones de lo porvenir, todas estas cosas y muchas más son como otros tantos enemigos que asedian al anciano; y que, á no hacerlo el más desventurado de los hombres, le imponen la necesidad de buscar dentro de sí mismo la paz y tranquilidad que no le podrán robar sus relaciones con todo lo que le rodea. Por esto, la sabiduría infinita le tiene reservada la sétima bienaventuranza: *Beati pacifice*.

Con el fin de infundir ánimo al pobre anciano en medio de tantos elementos conjurados para acabar con él, Dios añade á continuacion: Bienaventurados los que por conformarse á la voluntad de Dios, son perseguidos (1).

5º ¿De qué manera las beatitudes evangélicas contribuyen al bien de las sociedades? Una vez establecido que las bienaventuranzas son el manantial de la felicidad individual: es consecuencia lógica que procuran el bienestar de las sociedades.

Las sociedades son felices cuando están en el orden; y esto acontece cuando conociendo su último fin, es decir, su felicidad, se encaminan hácia ella con paso seguro. Pero la mayor parte de los hijos de Adán, pueblos é individuos, atraídos por su corrupcion nativa, buscan su felicidad en las criaturas. Ese poderoso y ciego atractivo, apartando al hombre de su fin, es el manantial de todos los males por los que la tierra merece cien veces el nombre de valle de lágrimas.

Engañado el género humano por el ángel de las tinieblas busca la felicidad por tres caminos diferentes, el de

1. S. Anton., ubi supra.

los honores, el de las riquezas y el de los placeres. Las tres primeras bienaventuranzas rectifican con autoridad soberana esa funesta tendencia. *Bienaventurados los humildes y desprendidos, y los mansos, y los que lloran*.

¿Por qué son bienaventurados? Porque están á cubierto de la fascinacion general que hace desdichados á los demás. Son bienaventurados, porque no estimando sino en muy poco la posesion de los bienes terrenos, los adquieren sin passion, los poseen sin inquietud y los pierden sin inútiles pesadumbres. Son bienaventurados, porque cada acto de humildad, de desprendimiento, de mansedumbre y de tristeza cristiana los aproxima á la suprema felicidad. Son bienaventurados, porque tienen en perspectiva los bienes de la eternidad, magnífica recompensa del desprecio con que miraron los bienes del tiempo.

El desarsirse cristianamente de las cosas perecederas, ¿no vale nada para la felicidad del mundo? En esto consisten las tres primeras beatitudes. El segundo paso hácia la felicidad está en las dos siguientes: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos*. Las tres primeras bienaventuranzas, despegando al hombre de las criaturas, hacen que se aficione al soberano bien; pues el corazon humano no puede estar vacío. Así es como lo constituyen en el orden relativamente á Dios, es decir, en paz con Dios.

Las dos siguientes le procuran la paz con el prójimo. El hombre está en paz con el prójimo cuando cumple con sus deberes de justicia y de caridad; cumple con ellos perfectamente, cuando, por una parte, sus palabras y sus obras dan testimonio de que está animado, este poco, de que lo devora el hambre y la sed de la justicia en todo y para con todos: y cuando, por otra parte, muestra hácia su prójimo.

mo y aun hácia sus enemigos una caridad indulgente que excusa las faltas ó las intenciones; compasiva, que socorre todas las necesidades; misericordiosa, que perdona las ofensas.

Paz con Dios, paz con el prójimo; hé ahí los efectos de las cinco primeras bienaventuranzas. ¿Qué falta para completar, aun en lo temporal, la felicidad del hombre y de la sociedad, sino la paz consigo mismo? Las dos últimas bienaventuranzas la proporcionan: *Bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los pacíficos*. Haciéndonos la primera practicar la pureza de corazón por medio de la mortificación, la vigilancia y la oración, mantiene la necesaria subordinación de la carne al espíritu y nos constituye en el orden. La segunda, por medio de la mansedumbre y la paciencia nos hace dar muestras, en nuestras relaciones con la familia y la sociedad, del orden que reina en nuestro interior, y nos da derecho para llamarnos hijos de Dios, que se complace en llamarse á sí mismo Príncipe de la paz *Princeps pacis*.

¿Qué os parece? El cristiano que practica las siete bienaventuranzas, ó los siete actos beatíficos por excelencia, ¿no es verdad que disfruta de una felicidad *mística*? Si la Europa actual, si el mundo entero, poseyera esta felicidad que osais llamar imaginaria, ¿les iría demasiado mal con ella? ¡Insensatos! Los hombres y los gobiernos de hoy afectan creer que las bienaventuranzas evangélicas no valen cosa para el bienestar temporal de las sociedades; cuando precisamente la ausencia de estos elementos, sociales como ningunos otros, es la causa de las revoluciones de que hemos sido, somos y seremos víctimas.

6º ¿Qué especie de superioridad tienen las bienaventuranzas sobre las virtudes? En el mero hecho de que los do-

nes del Espíritu Santo, como elementos santificadores, son superiores á las virtudes morales, sus operaciones son más perfectas que las de las virtudes. Por esto merecen antonomásticamente el nombre de bienaventuranzas, ó actos beatíficos. La virtud hace que el hombre use moderadamente de los honores y riquezas; el don hace que los desprecie. Con este sublime desprecio el cristiano se hace el sér más libre, el más santamente independiente, y por lo tanto, el más feliz que hay en el mundo: *Beati pauperes*.

La virtud impide al hombre seguir los movimientos de la ira, contrarios á la razón: el don hace más; lo libra de ellos. Secando en el fondo del alma la fuente de la hiel y de la cólera, comunica al cristiano una mansedumbre inalterable que le gana los corazones: *Beati mites*.

La virtud arregla las afecciones tocantes á la vida temporal, el don adelanta más; las sustituye con la santa tristeza de los desterrados: *Beati qui lugent*.

La virtud nos hace ejercitar la justicia para con Dios y para con el prójimo: el don le saca gran ventaja, nos hace dar á Dios y al prójimo lo que les debemos, no solo con exactitud sino con devoción y con gusto. En lo tocante á la justicia y á nuestras obligaciones de justicia, nos llena, según la frase del Evangelio, de un ardor comparable al que la comida exita en el hambriento y el agua en el sediento. *Beati qui esuriunt et sitiunt*.

La virtud nos hace ejercitar la caridad corporal y espiritual con los que la razón nos recomienda, como son nuestros amigos y allegados: el don se eleva más alto; ve la necesidad, nada más que la necesidad; la llaga, nada más que la llaga; el andrajo, nada más que el andrajo; y por amor de Dios da, cura, consuela, sin distinción de propios ó extraños, de amigos, ó enemigos de griegos ó de barbaros: *Beati misericordes*.

De estas cinco bienaventuranzas fielmente practicadas, resulta una pureza de afecciones y pensamientos, mucho más perfecta que la que tiene en la simple virtud su origen y sus reglas: *Beati mundi corde*. Esta pureza, haciéndonos semejantes á Dios, tres veces santo, nos da un derecho particular de llamarnos hijos de Dios: *Beati pacifici*. "De aquí proviene, dice Santo Tomás, que las dos últimas bienaventuranzas no tanto se presentan como actos meritorios, cuanto como recompensas (1)." Son á la vez el comienzo de la felicidad perfecta y el lazo que une las bienaventuranzas á los frutos, de que hablaremos muy pronto.

Entretanto, este simple bosquejo, que nos hace ver la superioridad de las bienaventuranzas aún sobre las virtudes sobrenaturales, nos ayuda á medir la altura que el cristiano tiene sobre el hombre honrado y sobre el sábio pagano. Y en vista de esto, ¿quién no compadecerá á los pretendidos moralistas del siglo diez y nueve? Caidos de las alturas del orden sobrenatural en que el Bautismo los habia colocado, estos soberbios ignorantes, *superbus nihil sciens*, osan hacer parangon entre la perfeccion cristiana y la pagana, entre la moral de Sócrates y la moral de Jesucristo. Blasfemos y perjuros, no temen llamar á la primera, la moral de este mundo y de las gentes honradas; y á la segunda, la moral del otro mundo y de los místicos: y luego, so pretexto de que ellos no son vasos de eleccion, se quedan sin practicar ninguna.

7º ¿Cuál es el orden jerárquico de las bienaventuranzas? Lo mismo que los dones del Espíritu Santo que las produ-

1. Vol sunt ipsa beatitudo vel aliqua inchoatio ejus: et in eo non ponuntur in beatitudinibus tanquam merita, sed tanquam præmia. Ponuntur autem tanquam merita effectus activæ vitæ, quibus homo disponitur ad contemplativam vitam. I. 2, q. 49 art. 3.

cén, las bienaventuranzas están encadenadas entre sí dentro de un orden jerárquico, por cuyos grados se eleva el cristiano hasta la perfeccion del sér divino, y por consiguiente, al colmo de la felicidad, como lo haremos ver más adelante. Al presente, tenemos que estudiar dos cosas dignas de la Sabiduría que lo hace todo con número, peso y medida. La primera es, la relacion que existe entre cada bienaventuranza y su recompensa; la segunda, la graduacion de la misma recompensa.

La recompensa. El cielo ó la felicidad perfecta es indudablemente la recompensa comun de todas las bienaventuranzas, pero esta recompensa se presenta bajo diferentes aspectos en armonía con el género particular de mérito que alcanza cada una de las bienaventuranzas. Si, pues, es una verdad que el pecador es castigado en aquello mismo en que pecó, es igualmente verdad que el justo recibe recompensa en lo mismo en que mereció. ¿Qué cosa más á propósito que esta divina ecuacion, para excitar nuestro celo y sostener nuestro aliento en los diferentes senderos que conducen á la felicidad?

Así, para los que se hacen pequeños y pobres, el cielo es el poder, la opulencia, la gloria: *Regnum caelorum*.

Para los que se distinguen por su mansedumbre, el cielo es el imperio de los corazones en la tierra de los vivos: *Possidebunt terram*.

Para los que lloran, el cielo es el consuelo y la alegría sin alteracion y sin fin: *Consolabuntur*.

Para los que tienen hambre de justicia, el cielo es la hartura perfecta: *Saturabuntur*.

Para los misericordiosos, el cielo es la misericordia con sus ternuras inefables: *Misericordiam consequentur*.

Para los limpios de corazón, el cielo es la vision clara de

Dios en todo el esplendor de su hermosura y en toda la magnificencia de sus obras: *Deum videbunt*.

Para los pacíficos, el cielo es el nombre glorioso y el privilegio incomparable de hijos de Dios: *Filii Dei vocabuntur*.

A esta bella armonía hay que agregar otra, que es la graduación en la recompensa. Para comprenderla, basta con una poca de atención. La primera recompensa es tener el cielo. Esta es la felicidad común de todos los santos, mas no igual para todos; pues en la bienaventuranza hay muchas gradas, como en la casa del Padre celestial hay muchas moradas.

La segunda es poseerlo. Poseer el cielo significa más que tenerlo. Hay muchas cosas que se pueden tener sin poseerlas de una manera tranquila y permanente.

La tercera es tener consuelo. Estar contento con la posesión del cielo es más que tenerlo y poseerlo. ¡Cuántas cosas hay que son agradables y no se poseen sin dolores!

La cuarta es saciarse. Lo cual es más que estar contento. La hartura supone la abundancia del consuelo, y el reposo en la alegría.

La quinta es ser objeto de la misericordia. La dicha celestial no se medirá, ni por nuestros méritos, ni siquiera por nuestros deseos, sino por las riquezas infinitas de la infinita misericordia. ¿Quién podrá comprender lo que este favor divino añade á todos los otros?

La sexta es ver á Dios. Esta nueva felicidad sobrepuja á todas las precedentes. Ver á Dios es más que todo lo dicho y significa una dignidad más alta. Ver al Rey con intimidad y cuanto se quiere, es más que habitar en su palacio y que disfrutar de sus beneficios.

La séptima es ser hijo de Dios. Ya no hay nada que sea más que esta. En la corte de los reyes el grado más alto es el de sus hijos, herederos del trono.

De esta manera, conducir al hombre de grado en grado hasta la dignidad suprema de hijo de Dios, de hermano y coheredero del Verbo encarnado, es la última palabra de todas las bienaventuranzas y de todas las operaciones del Espíritu Santo (1).

Cuando se ha completado el misterioso trabajo de deificación, el Espíritu de amor le envía al justo el sueño de la muerte. Al despertar de él al otro lado de la tumba, encuentra el justo todas las bienaventuranzas que ha practicado reunidas, inmortalizadas y magníficamente engrandecidas en una sola, el cielo, la bienaventuranza por excelencia.

Tales son los grados de la escala, por donde subimos desde el fondo de este valle de lágrimas hasta la cima de la montaña de la verdadera y eterna felicidad. "El Espíritu Santo, dice San Agustín, al descender sobre el Dios-hombre, comienza por la sabiduría y acaba por el temor, para humillarse hasta nosotros. Pero cuando desciende sobre el hombre, destinado á la deificación, comienza por el temor á fin de elevarlo hasta el Verbo encarnado que es la Sabiduría eterna. Tengamos, pues, á la vista estas gloriosas ascensiones, apresurémonos á subir los escalones que nos conducen á Nuestro Señor y Padre. Llevemos valientemente la carga de la vida. Crucemos á paso firme y con la vista fija en nuestro último fin, entre las seducciones y tribulaciones pasajeras del tiempo: en el término de nuestro viaje nos espera la paz que no se altera nunca, ni se ha de acabar jamás. A esto nos exhorta la octava bienaventuranza como conclusión de todas las demás: *Bienaventurados los que padecen persecución; porque de ellos es el reino de los cielos* (2).

1. Vid. *S. Th.*, 1, 2, q. 69, art. 4.

2. *Serm.*, 347, n. 3.